

AUTORES Y CRITICOS

REFLEXIONES SOBRE LA RESPONSABILIDAD DE LA INTELIGENCIA *

Por

N. YVIS ROSSI ETCHELOUZ

ESTA obra resume el esfuerzo realizado por su autor, en el lapso de tres años, que abarca desde 1939 a 1941, los primeros de su exilio en América, y sintetiza su infatigable incursionar a través de candentes problemas que ofrece la realidad contemporánea.

Como su autor lo expresa en el prólogo la temática considerada ha ido configurándose por obra de las circunstancias, ya que éstas fueron determinando la aparición de sus trabajos, sin aparente rigor sistemático: conferencias, publicaciones, comentarios bibliográficos, etc., ligados en la presente recopilación por el hilo unitivo de su preocupación, bajo el rubro con que titula el primer capítulo: "Responsabilidad de la Inteligencia".

Surgido en medio de las convulsiones de la segunda conflagración mundial, encierra agudos enfoques de este conflicto, junto al análisis de situaciones sociales de honda repercusión en la configuración de la llamada crisis de nuestro tiempo.

Su experiencia personal, el vivir una "existencia vicaria" le abre la perspectiva de una comunidad más vasta y le agudiza la percepción

* "Responsabilidad de la inteligencia", por José Medina Echavarría. México, Fondo de Cultura Económica, 1943.

de los estrechos lazos que unen al pensamiento con “los problemas, necesidades y tradiciones de la propia comunidad”.

En definitiva, todo este esfuerzo está encaminado a establecer la necesidad imperiosa de que la vida intelectual ejerza su función rectora en el mundo contemporáneo, asumiendo su auténtica dimensión y estrechando el nexo con la realidad en que se nutre.

Resulta altamente ilustrativo el planteo que formula en el primer capítulo referido, precisamente, a esa función directriz de la inteligencia en el ámbito social. Todo él gira en torno a la obra de Mannheim “Ideología y Utopía”, en su significación trascendente, síntoma inequívoco de una nueva actitud del hombre de ciencia frente a los problemas de su mundo y de su tiempo. Surgido en un momento de hondas convulsiones en la Alemania de la primera post-guerra mundial, en que la realidad ofrecía intrincada confluencia de tendencias en pugna en todos los ámbitos, caracteres que se proyectaban a la esfera intelectual agudizados en sus lineamientos ideológicos.

En tal circunstancia caótica la obra de Mannheim representa la expresión de una conciencia avisada que no sólo reproduce sino que se proyecta, en función crítica hacia esa situación, planteando interrogantes vitales que se formula el hombre corriente y que adquieren rango y consideración científica a la luz del análisis realizado.

Su investigación, de carácter experimental, exploratorio e inquisitivo, parte de una situación vigente, inmediata, se lanza desde la acción misma, para, a través de un proceso de reflexión metodológica, arribar a la concepción de una teoría del cambio social, planteada desde diversos puntos de vista.

El autor se formula el interrogante: ¿En qué consiste la originalidad de Mannheim? La respuesta establece que reside en las formas de vinculación del pensamiento con la realidad social en que se produce, una de ellas es la que otorga a esa realidad un valor genético, determinante de la “selección” del material de conocimiento. En Mannheim la penetración llega hasta ver en ella un valor “constitutivo”, que plasma

Reflexiones sobre la Responsabilidad de la Inteligencia

el andamiaje formal del pensamiento, determinando las categorías lógicas del mismo.

Destaca, asimismo, en esta obra el planteo que se hace de la continuidad histórica, estableciendo que esos dos conceptos fundamentales enunciados: “ideología” y “utopía” asumen el rango de categorías instrumentales en la interpretación del devenir histórico; representan extremos de este ritmo: el primero como “racionalización” de las estructuras tradicionales, el segundo como “racionalización de los grupos ascendentes”; ambos son necesarios en este proceso, mas para que se logre continuidad histórica es menester que ninguno de los dos se realice plenamente. La realidad resulta de la ecuación de esos dos ingredientes y según la preeminencia de uno u otro factor, la homogeneidad o heterogeneidad que exista entre ellos, serán las épocas “cumulativas” o de “beligerancia constructiva” al decir de Ortega. El autor se plantea al incógnita: ¿En qué consiste ese algo equidistante entre ambos polos?

En el capítulo II: “En busca de la ciencia del hombre”, el profesor Medina Echavarría rebate los argumentos que José Gaos esgrimiera en contra de los principios sustentados en su estudio: “Sociología: Teoría y Técnica”. Ambas publicaciones aparecieron en “Cuadernos Americanos” N° 2, 1942.

En este ámbito las reflexiones están centradas en la problemática que plantea el alcance significativo de la Ciencia Social, interpretado, en última instancia, en el más vasto y trascendente del valor de la ciencia para la vida humana.

En la urdimbre compleja que ofrece nuestra civilización actual cabe abrir el interrogante que presenta la disyuntiva sobre dos posibles soluciones: ¿la racionalidad como fórmula salvadora, o la irracionalidad, es decir “el abandono al propio juego de las fuerzas ciegas”?

Afirmando su convicción en la primera alternativa, fundamenta el rango científico de las Ciencias Sociales, a través de un proceso reflexivo sobre cuestiones metodológicas. Al enfrentar la estructura científica con ciertos conceptos que parecen conmoverla desde sus cimientos,

tales: “la finitud, la limitación y la relatividad de lo humano”, establece que estos postulados emanan de la propia ciencia, que, precisamente, ha sido ésta la primera en convertirse a la razón histórica, pero afirmada en los puntales “de las verdades relativas de la inteligencia experimental” que la legitiman.

Basado en el juicio de que la ciencia involucra “cierta capacidad de predicción” y ante el problema de que el avance en este sentido signifique una limitación a la libertad del hombre, establece que ello sólo puede reducir el círculo de expectativas encerradas en una determinada situación, lo que hace más auténtico y libre el acto de decisión.

Destaca, más adelante, el valor de la ciencia como proceso de real comunidad en la medida que es tarea “colectiva” y “cooperativa”.

Resulta sumamente interesante el planteamiento que realiza de la problemática que asume trascendental importancia para el tema de nuestro tiempo en un régimen de masas y que formula como dramático dilema: “O esas masas se incorporan a los valores ganados por la civilización, o ésta perece”. Ante tal disyuntiva surge el imperativo de una revitalización de la actitud científica que puede ejercerse desde dos trincheras: la del “foro científico”, legítimo puesto de vanguardia o la del “conventículo”, último reducto cuando la existencia del primero se hace imposible.

Esta revitalización científica que surge como exigencia de nuestra hora dibuja el perfil de una nueva sensibilidad, que, parangonada con la del viejo racionalismo, trastoca los términos: si éste afirmaba que “deben salvarse los principios, aunque perezcan los hombres”; la nueva concepción postula que “tales principios deben salvar a los hombres porque para eso están los principios”. En consecuencia, no puede pretender la pura intelección dominio absoluto sobre otras realidades indiscutibles de la vida humana, mas es evidente que, consciente de su propia limitación, debe ejercer su “derecho a ser la válvula de su regulación”.

Surge, asimismo, la necesidad vital de una “nueva fe, de nuevas creencias”, es deber impostergable de la inteligencia proyectar al hom-

Reflexiones sobre la Responsabilidad de la Inteligencia

bre hacia nuevas metas de superación y en ello la filosofía debe cumplir su función rectora, más íntimamente compenetrada de las circunstancias históricas actuales, en estrecha vinculación con otras esferas científicas que tanta gravitación ejercen sobre la vida humana.

Para emprender un análisis crítico de la Ciencia Social en nuestros días y sus perspectivas de reconstrucción, el autor aborda la compleja problemática que ésta ejerce y su proyección sobre la sociedad contemporánea, tratando con aguda visión sus lineamientos fundamentales, algunos de sus errores capitales y las posibles soluciones que las circunstancias históricas determinan.

Prevía consideración de la crisis operada en otro ámbito de disciplinas, se plantea la que afecta específicamente a las Ciencias Sociales con la formulación de tremendos interrogantes que se ciernen sobre ellas, provenientes no sólo de sectores profanos, sino desde sus mismas entrañas, a través de sus mismos investigadores y que pueden sintetizarse en: “¿Para qué sirve la Ciencia Social? ¿Qué es lo que aporta a la vida del hombre? ¿Qué le resuelve y en qué sentido es orientación y guía en sus perplejidades?”. Estas preguntas formuladas por avisados investigadores, enunciadas en sugestivos títulos, traducen el inquietante esfuerzo que existe por ligar vitalmente su andamiaje teórico a las exigencias del mundo actual.

Se señala que en estas ciencias ha habido sistemáticamente un retraso de la formulación teórica con respecto a los estadios de la transformación social. En la hora presente cuando el ritmo histórico ha adquirido mayor aceleración se produce, en consecuencia, una mayor distancia entre ambos mundos, lo que genera una escisión evidentemente marcada entre ellos, surgiendo, por lo tanto una inadecuación entre el ámbito de la ciencia y el de la realidad, entre el plano de la teoría y el de la acción.

Esta separación tuvo como resultante en el planteo de las situaciones cotidianas, una desjerarquización del ámbito puramente especulativo, que encerrado en sí mismo no ofrecía perspectivas concretas, ni solucio-

nes a las múltiples situaciones problemáticas que la vida, en su constante mutabilidad, plantea. En virtud de ello, explica el autor con clarividencia que, las masas en circunstancias cruciales, sean sensibles a la atracción emocional de las soluciones inmediatas propuestas por políticos o individuos considerados providenciales. Mas, en ningún ámbito, se evidencia la agudeza de tal situación como en la Ciencia Económica donde la teoría funciona con rigor lógico, preciso, condicionada por determinados factores, ausentes la mayoría de las veces en procesos concretos, a la zaga del dinamismo económico-social que la realidad ofrece.

Análisis semejante hace con respecto a la ciencia política e histórica, concluyendo que la realidad correspondiente a tales ámbitos es "interdependiente, dinámica y sólo captable con plenitud en su circunstancialidad". De lo que se deduce que la teoría dejó de ofrecer validez, en su conjunto porque resultó intemporal, cerrada en su coherencia deductiva y exenta de toda necesidad de comprobación empírica.

En el plano de "objetividad científica y valor" señala, refiriéndose a investigadores y sociólogos las consecuencias a que en este ámbito puede conducir un pseudo criterio de objetividad o de exagerada neutralidad conducente a la situación paradójica de "inhibiciones suicidas" que paralizan, en última instancia, el ejercicio de su propio derecho a la existencia, "el derecho a la verdad y la libre investigación, que son los valores que justifican, precisamente, su parapetada defensa de la objetividad".

Otra de las cuestiones que merecen especial consideración consiste en la "anarquía del especialismo", planteada por la manifiesta incoherencia de las ciencias sociales particulares que ofrecen parcelas cerradas y estancas de esa realidad, conducente a una visión incompleta y fragmentaria de la misma. Los esfuerzos que se realizan actualmente en congresos, seminarios, obras de colaboración, referidos a temas de recíproca vinculación entre las ciencias sociales tienden a la integración de tales miembros en el todo orgánico para lograr una obra común que ofrezca una perspectiva homogénea y válida para el conjunto.

Reflexiones sobre la Responsabilidad de la Inteligencia

Los caracteres enunciados dibujan los rasgos de una fisonomía poco estimulante en el complejo ámbito de estas disciplinas, ya que para superar las deficiencias apuntadas puede plantearse la disyuntiva doblemente peligrosa: su limitación en un plano de puro empirismo o su filiación extracientífica en una orientación determinada, de ahí que se señale: “la negación de la neutralidad valorativa no equivale a proclamar el dominio sin freno de los intereses partidistas, sino al contrario, la posibilidad de encontrarle un límite”.

Otro de los hechos significativos que se señalan consiste en una reacción empirista, con predominio de este orden, cada vez que la pendulación histórica estableció previamente preeminencia exclusiva de la teoría. Se hace referencia a la posición típica asumida por Bárbara Worton quien luego de acerba crítica a los cánones teóricos tradicionales formula las bases de un sistema realista, fundado en cuestiones concretas, extraídas de la vida social contemporánea.

El autor señala agudamente el error de un empirismo ingenuo que concibe a “datos” y “problemas” como materia prima experimental, mas sin darse cuenta que son hechos “tomados” y “construidos” en la búsqueda investigativa, iluminados ya por una teoría (hipótesis) más o menos aproximativa.

Al trazar los lineamientos generales de una perspectiva de reconstrucción de la ciencia social, el autor postula la íntima conexión entre la suerte de esta disciplina y la de la civilización misma. vaticinando a América papel de indudable gravitación en esta compleja faena. Hace profesión de fe en la razón humana; ésta, que ha permitido el triunfo del hombre en el ámbito científico y técnico, creando desarrollo unilateral de éste, en detrimento de otras realidades más íntimas, puede a su vez, restablecer el eje espiritual perdido y en esta tarea de reordenamiento de la convivencia humana, cabe a las ciencias sociales preponderante misión.

Previo examen de las causas ya señaladas que desvirtúan las funciones primordiales de estas ciencias, formula la exigencia de que las

mismas respondan a estos conceptos: a) la fecundidad de la ciencia para la vida; b) la posición del hombre de ciencia como consejero de nuestras decisiones; c) la unificación de las distintas especialidades en un cuerpo orgánico coherente que abarque los procesos reales de que somos actores y testigos.

Al abordar el interesante tópico: “ciencia y vida” replantea el problema de escisión entre el ámbito especulativo y el de la praxis. Al hacerlo, establece que, originariamente se identificaban la “manufactura” y la “mente factura” y su equivalente significación instrumental en la existencia humana. Mas, se produce luego la dicotomía de las actividades intelectuales, colocándose en rangos diversos la “doxa” y la “episteme” y originó con ello hondos problemas e inconciliables dificultades. Las primeras en salvar esas distancias son las ciencias naturales en donde la “teoría restaura su significación existencial al afirmar su carácter hipotético, relativo y siempre abierto e imperfecto”.

En las ciencias sociales este nexo no ha cristalizado aún, existiendo, por tanto, un cuerpo teórico-conceptual que no abreva en las fuentes de la realidad viva y dinámica, afirmando que es imperativo imposter-gable de la ciencia social el ser eficaz y práctica para resolver las situaciones que la convivencia humana plantee.

El punto de partida de esa concepción reside en suponer que “la teoría ha sido hecha para los problemas y no los problemas para la teoría”. En consecuencia sólo en la práctica la teoría puede recibir el espaldarazo de su consagración científica. En el ámbito de las ciencias sociales la construcción teórica es una hipótesis, como en el campo de las ciencias naturales, que procede de la experiencia y hacia ella va dirigida. La diferencia específica consiste en la naturaleza de las situaciones problemáticas sobre las que opera que poseen dimensión espacio-temporal-histórica. Al decir del autor: “Las ciencias sociales son, o deberían ser, contextuales, situacionales o circunstanciales, es decir concretas”.

La dimensión histórica en estas ciencias está dada en doble pro-

Reflexiones sobre la Responsabilidad de la Inteligencia

yección: la del instrumental hipotético y conceptual con que trabaja el sociólogo y la materia sobre la que opera: "la realidad social". Ello nos lleva a la formulación de dos conceptos primordiales en el campo de estas ciencias: su instrumentalidad y su circunstancialidad.

Después de un proemio en que el autor considera a la Sociología como disciplina científica y su vulgarización como fenómeno de estos tiempos, formula su aseveración de que nuestra época constituye una era de carácter eminentemente social. Los síntomas de la polarización hacia este ámbito están dados por la acentuación de la conciencia social del mundo contemporáneo, volcada en expresiones de índole diversa que encierran todas un innegable fondo sociológico.

Esta proyección del hombre sobre la problemática de su tiempo está dada por agudos e impostergables interrogantes que se ciernen a su alrededor, los que determinan al decir de Freyer "la autoconciencia de una época crítica" que le acucia y le angustia.

Ante esta situación el hombre, debe, según el criterio del expositor, asumir idéntica actitud y utilizar los mismos medios que le otorgaron el dominio del mundo natural o físico; la postura del investigador o el científico que se entrega a tal realidad para develar sus incógnitas, otorgando con ello a la Sociología un carácter instrumental y racional "que persigue como tal ayudar al hombre en la adaptación a su medio y en la dirección y previsión de sus relaciones sociales", convirtiéndose, en consecuencia, en un saber del hombre proyectado en una de sus mayores dimensiones.

Para fundamentar la afirmación que un estado de crisis determina la existencia y sentido de la Sociología, el autor hace referencias a la génesis de esta ciencia y a su configuración como tal. Se refiere a las primeras manifestaciones científicas de lo social producidas en la fecha hito del 48 y cuyos representantes más prominentes son L. Von Stein y Augusto Comte.

La Sociología, contemplada desde este ángulo, surge como resultante de un mundo en que se da la trilogía confluyente de una situación

de crisis operada por los primeros efectos de la revolución industrial, de un mundo concluso, ya que por obra del avance científico se hallaba casi definida la construcción teórica del universo”, que sólo esperaba de la Sociología “la última vuelta de llave” y de un **mundo histórico** cuya dimensión temporal penetra y satura a las ciencias Sociales, acentuando su aspecto dinámico y la mutación de los fenómenos y que, en última instancia se proyecta al hombre mismo “cuya conciencia se historifica” y lo liga indisolublemente al destino colectivo.

Estos elementos que han gravitado decisivamente en la configuración de la Ciencia Social como tal, perduran como factores decisivos en su construcción metodológica para todos los tiempos.

Al considerar el tópico “configuración de la crisis” analiza algunos conceptos que pueden influir desvirtuando el alcance o naturaleza de la misma, tales: las obnubilaciones que puede provocar la concepción filosófica y científica de la historia como desarrollo evolutivo, lineal, faseológico y progresivo que goza de valor para todos los procesos humanos, en visión predominantemente temporal. Teoría unidimensional que no ofrece eficacia en la interpretación de un desequilibrio o crisis que exige relación “tiempo-espacio”, es decir “pluridimensional”.

En segundo término se refiere a la confluencia de elementos racionales e irracionales, predominantes los primeros en la dirección vertical y los segundos en la horizontal del proceso histórico que dificulta extraordinariamente una previsión general.

Después de analizar diversas teorías interpretativas de crisis en el orden económico, social y cultural hace referencias a las características de nuestro tiempo: factores de orden científico, técnico y económico han operado en la última centuria vertiginoso crecimiento demográfico en el mundo; fenómeno que ha generado elementos de desequilibrio en ambos planos, vertical y horizontal, del proceso y que se proyecta en los ámbitos estructurales y culturales de la sociedad.

La problemática contemporánea está centrada, principalmente en la adaptación social, política y económica al profundo cambio estruc-

Reflexiones sobre la Responsabilidad de la Inteligencia

tural generado por ese fenómeno y el hombre-masa constituye la consecuencia del mismo en el terreno cultural.

Con respecto al primer problema, el autor señala que una de las causas determinantes de desequilibrio social es la inadecuación de concepciones teóricas ajustadas a la estructura de realidades ya desaparecidas que pugnan por imponerse cuando las condiciones imperantes les han quitado toda vigencia. Señala, asimismo, como factor desencadenante de crisis, la desigual aceleración del ritmo histórico en diversos grupos coexistentes, creándose con ello relación de interdependencia, así, la difusión entre pueblos de características diversas, de costumbres, técnicas, valores, etc. que representan elementos de desequilibrio en el pueblo receptor.

En este orden, los fenómenos de “crecimiento diferencial” adquieren la mayor trascendencia, cuando generan otros: el de la pugna entre potencias por el poder hegemónico que gravita profundamente sobre la vida de ciertos grupos subdesarrollados y sobre el destino del hombre ,a veces más alejados de tal conflictiva. Este hecho, junto a su repetición ,dada una constelación de factores similares, le otorga un inequívoco carácter “irracional”.

De lo que deduce el autor la tercera nota en la caracterización de crisis: “la imposibilidad de deducir normas válidas de conducta fuera de las circunstancias concretas de un grupo determinado”. A ello se dirige la sociología” “el extremo de lo racional en la organización de la sociedad”.

Al plantearse el interrogante acerca del valor que las **Ciencias Sociales** tienen en la **formación del ser humano**, el autor responde afirmando su fe en que éstas constituyen uno de los más legítimos medios de continuación de la tradición humanista, en **educación**. Para ello postula la vigencia permanente del ideal educativo que consiste en la “formación de una personalidad integrada y coherente, de inteligencia disciplinada y carácter recio, capaz de elevarse por encima de los acontecimientos inmediatos y de ver las cosas con la distancia necesaria, para asumir pleno dominio de sí en las decisiones y con ello ser señor y no siervo del momento”.

Este ambicioso ideal educativo plantea una compleja problemática de orden teleológico que tiene profunda vinculación con la Ciencia Social, ya que si bien el ideal en sí se mantiene incólume, los que han cambiado por obra de las circunstancias son los caminos y procedimientos para lograr su cristalización.

En la pedagogía clásica, con base metodológica en el humanismo tradicional, la encarnación modélica estaba dada por el "caballero", el "gentleman", que resumía en sí, refinamiento espiritual, discreción y energía moral, y que, sin particular especialización, asumía las más diversas funciones de la vida pública. Sistema que perduró por siglos en el seno de una clase social: la aristocracia.

Mas, al auscultar la aceleración del pulso histórico en los últimos cien años, observamos que ha traído aparejado profundas transformaciones en el ámbito social, cambios fundamentales en su estructura, determinados por el rápido crecimiento demográfico, el proceso de industrialización y el rápido avance de la técnica; factores confluyentes que han substituido al "discreto" por el "experto" y al "caballero" por el "hombre-masa". Las exigencias de la vida actual intrincada y compleja crean la necesidad del experto, no del simple y discreto aficionado; por otra parte, el ingreso de grandes sectores, en función actuante a diversos ámbitos de la vida social organizada, abren nuevas perspectivas a la formación humana en tales condiciones.

Surge, en consecuencia, la reflexión y la necesidad de un replanteo del más noble problema del hombre sobre el hombre, sobre el terreno de la realidad presente, partiendo de los datos inmediatos que la misma nos ofrece. El análisis de la sociedad contemporánea y la determinación de sus tendencias dominantes permitirán establecer con referencia a los principios "ser" y "deber ser" del hombre, los fines concretos de la educación pública, con adecuación a sus características y necesidades indicando los procedimientos conducentes a la concreción de los mismos. Una de las cuestiones fundamentales podría enunciarse así: ¿en las circunstancias actuales qué camino debe seguirse para que el fruto del proceso educativo no resulte un ejemplar mutilado de humanidad? El

Reflexiones sobre la Responsabilidad de la Inteligencia

problema concreto consiste, según lo expresa el autor, “en la continuación del humanismo en un régimen de masas”.

Para ello propone como primer paso: partir de un conocimiento cabal de los caracteres de la realidad humana que nuestro tiempo nos ofrece y cuyos representantes típicos son: el “especialista” y el “hombre masa”. Ambos aparecen en el escenario histórico con fisonomía propia, portadora de valores, de posibilidades, de peligros. . .

Una de las situaciones extremas a que puede llevar la especialización es, justamente, su hiperdesarrollo conducente a un estado de enquistamiento, de pérdida de contacto con la perspectiva total de efectos altamente nocivos para el hombre y la sociedad. Por otra parte, el fenómeno de masificación lleva implícita la incorporación del hombre medio como factor actuante en las diversas estructuras sociales, representando como tal un potencial humano altamente estimable, destinatario de muchas conquistas en el orden material, junto a una situación deficitaria de valores espirituales, que, en el aspecto cultural, tiende a producir la igualación por la base.

El problema educativo, en función de la sociedad, consiste en organizar un sistema eficaz que, respondiendo a exigencias de ésta, opere en este caso la conversión valorativa que se impone necesariamente, contrarrestando sus tendencias negativas y activando sus promisorias posibilidades para una elevación de los niveles humanos.

La fórmula del ideal educativo está planteada aquí como “perpetuación del humanismo” en una sociedad de masas, es decir, la consagración del hombre con los atributos esenciales de su naturaleza: su personalidad, su dignidad y su derecho inalienable a la libertad. Mas, para que la realidad plasme la concreción de tan altos objetivos, es imprescindible partir de las condiciones circunstanciales que nuestro tiempo ofrece, para que tales enunciados no queden expuestos como metas inalcanzables.

El autor señala que, en estas circunstancias, resultaría anacrónica la aplicación del clásico método humanista, e ineficaz en una realidad social que difiere fundamentalmente de aquélla y propone como solución

factible humanizar al hombre por vías de la Sociología. Cabe plantearse: ¿Por qué elige a la Ciencia Social para lograr tan compleja misión? El expresa sus fundamentos, afirmando que esta disciplina cuenta con un material sumamente valioso para “universalizar” y “actualizar” al hombre, puede integrarlo a la vida social, con clara visión de su ubicación y perspectiva, puede impregnarlo de historicidad, orientándolo en dirección retrospectiva o genética, en la comprensión del presente, con su proyección futura... Puede adaptarlo a las complejas situaciones a que el diario vivir lo somete, otorgándole, a través de diversos puntos de mira, visión “pluridimensional” de la realidad que lo circunda y en las relaciones recíprocas que mantiene con su medio puede lograr adquisición de una comprensión sintética de su destino personal y de la humanidad toda.

Se ha esbozado así el valor de un conocimiento científico para la formación humana; mas, su trascendencia reside en el espíritu que lo anima y en sus métodos de investigación. Con ello se tiende, en el caso de las Ciencias Sociales no a la determinación de la “realidad con la que hay que contar” sino que ella encierra un interés especial orientador de la vida y de la acción del ser, no en el sentido de una determinación fatal, sino abriendo la gama de alternativas que esa realidad plantea, haciendo más consciente y responsable el acto de decisión, condicionando las posibilidades de la conducta humana.

Esta consideración sobre el ámbito educativo y su conexión con las Ciencias Sociales resume un mensaje cuyo destinatario es el hombre de América. A éste cabe una misión trascendental que cumplir, en virtud de las circunstancias históricas en que le toca vivir: espectador de una gigantesca conflagración (1941) puede recoger las experiencias de la hora crucial en que se debate el mundo, perteneciente a pueblos de reciente promoción y de acelerada evolución, debe asumir la actitud que el imperativo histórico le señala. Para ello debe adquirir conciencia plena de los caracteres de la nueva estructuración social que va desplazando a la vigente dentro del sistema capitalista-liberal. El autor ve en esa mutación la posibilidad de ingentes peligros para la personalidad

Reflexiones sobre la Responsabilidad de la Inteligencia

humana, ya que dentro del andamiaje que se traduce en “planificación” y “regulación” puede quedar sujeto e indefenso el hombre, despojado de uno de sus atributos fundamentales, cual es su libertad.

Ve, asimismo, a través de este proceso los perfiles de una inminente reorganización del mundo, el debilitamiento de potencias tradicionales, paralelamente al surgimiento de nuevos cuerpos históricos. En tan compleja situación, señala a los pueblos de latinoamérica la tarea común de custodiar el legado y asegurar la proyección futura de nuestra gran comunidad cultural en la nueva organización del mundo.

Conceptúo acertadas las puntualizaciones que formula el autor con respecto a los objetivos fundamentales que deben presidir el cumplimiento del proceso educativo en nuestros días. A ellas uniré algunas reflexiones que tan delicado problema me sugiere: el cambio operado en la sociedad de nuestro tiempo es de tal magnitud que exige imperiosamente una reestructuración completa de todo el sistema educativo. Ardua y compleja tarea reservada a filósofos y pedagogos, ya que entraña una nueva concepción filosófica del hombre y del mundo en que vive, transformación que debe irradiarse a todos los ciclos educativos.

En la era actual cuando las grandes conflagraciones nos han mostrado que el hombre no comprende al hombre y las tensiones se agudizan, cuando los hombres con sus procedimientos de destrucción han llegado a ser más eficaces que los cataclismos geológicos y peligra el edificio de una civilización unilateralmente cientificista por el peso de sus propios elementos; la fórmula redentora de esta humanidad puede encerrarse en la solución del problema educativo.

Se coloca como meta ideal la formación integral del hombre, ésta debe plasmar en la realidad con un auténtico y profundo sentido de humanidad y de actualidad. La relación pedagógica ha de realizarse en función de valores trascendentes, conscientemente instrumentados, haciendo cada vez más íntimo y efectivo el nexo entre la escuela y la vida social que la circunda y nutre. Se formará, en consecuencia, en la perspectiva dinámica de una sociedad, con vistas a la inserción activa del ser en el cuadro del mundo histórico que el presente plantea, donde

puedan conjugarse los imperativos vocacionales y aptitudinales del hombre con las necesidades de la sociedad, con miras a la armonización y jerarquización en este último ámbito.

La masa, complejo social de nuestra época, ofrece, a mi criterio posibilidades, aún no perfectamente definidas, dadas sus características más susceptibles de desenvolvimiento perfecto, en muchos aspectos. Su promoción a más altos niveles de bienestar material no contradice y, por el contrario, afirma la perspectiva de su ingreso a ámbitos de mayor afinamiento cultural. Uno de los medios conducentes a este objetivo puede encontrarse en los recursos técnicos que el hombre tiene a su disposición y que pueden gravitar decisivamente en la difusión de tales expresiones.

El porvenir cultural de las futuras generaciones radica, en gran medida, en la solución que se dé al problema educativo, "humanizando" al hombre, haciendo que asuma el rango de señor de su técnica, dueño del universo y artífice de sí mismo. He aquí uno de los imperativos ineludibles y una de las misiones de mayor peso responsable que caben a la inteligencia.

GINER, AZCARATE Y COSTA, EN UN LIBRO*

Por

MANUEL DE RIVACOBA Y RIVACOBA

ESTE año se ha cumplido el quincuagésimo aniversario de la muerte de don Francisco Giner de los Ríos, acaecida en Madrid el 18 de febrero de 1915, a los setenta y cinco años de edad. Recientemente, en un trabajo póstumo¹, don Constancio Bernaldo de Quirós ha evocado, con pormenores y emoción, aquel tránsito. Conmemorándolo expresamente y gracias a la iniciativa de la **Fundación Giner de los Ríos**, se ha reemprendido la publicación de sus **Obras completas**, interrumpida por la guerra española de 1936, recogiendo en este volumen —el XXI de la serie— las **Notas** con que enriqueció la traducción de la **Enciclopedia Jurídica** de Enrique Ahrens, llevada a cabo por él en colaboración con Gumersindo de Azcárate y Augusto González Linares y publicada —en tres volúmenes— en Madrid, en 1878 los dos primeros y 1880 el último. Para darle mayor unidad, han sido incluidas en este libro las **Notas** con que, por su parte, adicionó también dicha versión

* "Notas a la Enciclopedia Jurídica de Ahrens", por Francisco Giner de los Ríos y Gumersindo de Azcárate. Con una nota sobre Arrendamientos rurales y pecuarios de Joaquín Costa. Prólogo de Pablo de Azcárate. Madrid, Editorial Tecnos, 1965. 381 p.

¹ "Recuerdos y enseñanzas de Don Francisco Giner". En el volumen colectivo "Estudios jurídicos en homenaje al Profesor Luis Jiménez de Asúa", Buenos Aires, Abeledo-Perrot, 1964, págs. 167-203. Cfr. págs. 202-3.

Azcárate, así como una muy extensa de Costa, lo que, además, le dota, efectivamente, de **una significación simbólica**, como escribe el prologoista ², reuniendo los nombres de tres figuras, tan íntimamente vinculadas por múltiples motivos entre sí, cuanto descollantes por la altura y la nobleza de su pensamiento y lo poderoso de su influencia en la cultura y la vida de la España moderna, influencia que de algún modo aún perdura.

La **Enciclopedia** de Ahrens había aparecido en Viena el año 1855, es decir, en pleno auge de la concepción **enciclopédica** del Derecho, de la pretensión de reducir a una síntesis o resumen omnicompreensivo el estudio de todos los aspectos o planos —el filosófico, el histórico, el político, el dogmático— y de todas las partes o ramas —Civil, Constitucional, Administrativo, Penal, etc.— del Derecho. Pues si es sabido que desde el siglo XIII puede rastrearse precedentes de esta actitud, notorio es que alcanza plenitud de desarrollo en el XIX (como puede comprobarse, también, en el texto de Ahrens y en las ampliaciones de Giner), prolongándose, aunque decadente, por su influjo, en el actual.

Unido esto a la claridad expositiva y las dotes de divulgador de Ahrens, se comprende el éxito y la difusión que rápidamente alcanzó su obra, comenzando casi de inmediato a ser traducida a varios idiomas ³. Y si recordamos el arraigo del krausismo, de que procedía Ahrens, en España, se comprenderá la importancia que adquiere y los honores con que se hace su versión en nuestra Patria, realizándola y anotándola los principales krausistas españoles (pues no se olvide que Sanz del Río muere tempranamente en 1869 y que, por otra parte, estuvo con preferencia vinculado al pensamiento original de Krause), y justa y significativamente durante el extrañamiento de la Universidad —a consecuencia de la segunda de las llamadas **cuestiones universitarias** que provocó en el siglo pasado el Ministro Orovio— que tan decisivo ha-

² Pág. 12.

³ Cfr. Giner, pág. 55 del volumen que estamos comentando.

bía de resultar lo mismo para sus vidas personales que para su obra e influencia.

Conocido es que —por razones que no son de este lugar, pero de las que ya nos hemos ocupado alguna vez⁴— de la filosofía krausista lo que más interesa a sus seguidores hispanos son los aspectos prácticos, entre ellos el Derecho, y se acabará de percibir la importancia de la traducción de la **Enciclopedia** de Ahrens, junto con la de su **Derecho natural**, a nuestra lengua.

De las **Notas** tienen —en conformidad con las preferencias de cada uno de sus redactores— **un carácter predominantemente filosófico** —cual dice Pablo de Azcárate prologando el volumen que nos ocupa⁵— las de Giner, **en tanto que las de Azcárate** —prosigue— **conciernen muy particularmente a las partes especiales, de carácter más propiamente jurídico**. Lo cual claro es que dota de un valor preponderante y singular a las primeras.

Perfectamente puede reconocerse en ellas muchos de los puntos de vista predilectos y más originales de Giner expuestos de manera más amplia y coherente en sus obras sistemáticas y de modo —es lógico— ocasional y fragmentario aquí. En el **Prólogo** se hace hincapié en las críticas y desviaciones de Giner respecto a Ahrens y en su significación para la comprensión del llamado krausismo español⁶. Reivindicando el rango filosófico de éste y de quienes lo integraron, tenemos escrito que **un verdadero discípulado filosófico, y aun en cualquier ciencia, no es una fábrica de repetidores, sino que se constituye al moverse con independencia dentro de unas previas directrices, que se continúan o modifican de una manera propia y personal**⁷, y seguidamente advertíamos cómo más de una vez íbamos a verlos a lo largo de nuestras páginas

⁴ Cfr. nuestro libro "Krausismo y Dere:ho", Santa Fe, Castellví, 1963, págs. 22 y 24.

⁵ Pág. 23.

⁶ Cfr. págs. 18-9.

⁷ Op. cit., págs. 26-7.

adoptar posiciones características, independientes y hasta contrarias en ocasiones a las de sus maestros ⁸.

De las que allí señalábamos y resplandecen en el libro que examinamos, destácanse su personal concepción de los seres que pueden ser sujetos de Derecho, bien diferente de la de Krause y de Ahrens; su oposición a toda trascendencia del Derecho puramente racional respecto al positivo e histórico, de suerte que aquél es immanente a éste y se realiza en él, lo cual —pensamos— envuelve **una fidelidad al meollo o núcleo de la concepción fundamental krausista, harto mayor que la divergencia que supone de la propia y concreta doctrina de Krause en este punto, un tanto forzada por la visión de un mañana ideal, en el que, superados los derechos positivos, logrará plenitud el Derecho por excelencia, pero que se desvía así de su concepto de la concreción y determinación de lo absoluto en lo relativo, de lo infinito en lo finito, dentro del gran organismo de la vida divina** ⁹; su negativa a que la existencia de las personas jurídicas dependa del reconocimiento del Estado, etc.

Estas diferencias aparte, también resaltan en las **Notas** de Giner no pocos puntos capitales de su pensamiento en los que sigue y desarrolla fielmente el de sus maestros: así, el fondo monista de su filosofía; el sentido de la condicionalidad mutua entre los distintos entes, y, muy en particular, su visión del Derecho penal, objeto de tan caros afanes para todo el krausismo, especialmente para el español y sobre todo para Giner.

Tocante a las de Azcárate, muy eruditas e importantes todas ellas, destacaríamos la de las páginas 340-1 de este volumen, referente a la **tasa del interés**, en la que tan decididamente se opone a su limitación, por más anacrónico que hoy pueda parecer. Sin entrar en el fondo de la cuestión, queremos subrayarla por lo que supone de orientación y por lo que contribuye a explicar y a comprender muchas cosas acerca

⁸ *Ibidem*, pág. 27.

⁹ *Ibidem*, pág. 62.

Giner, Azcárate y Costa en un libro

de la significación y la influencia social de los krausistas hispanos y de la Institución Libre de Enseñanza, y también sus limitaciones, el sentido de su proyección posterior y —con todas las salvedades— ciertas extrañas simpatías actuales.

Llamaríamos, asimismo, la atención hacia la nota de la página 359, que en su desvío de Ahrens y en su actitud contraria a la exigencia de un título oficial para el ejercicio de determinadas profesiones deja traslucir acaso una oposición a toda centralización o monopolio estatal de la enseñanza muy comprensible en el trance por el que aquellos hombres estaban atravesando y, aunque en climas muy diversos y por razones o motivos a buen seguro muy distintos, tan de candente interés entonces como en nuestros días.

La **Nota** de Costa es plenamente característica de su peculiarísima idiosincrasia y preocupaciones.

Para concluir, débese señalar la belleza y el cuidado de esta edición, así como su fidelidad (que puede observarse hasta en algunas erratas) a la edición **original**.

